

## El loco, el monómano y el idiota en los cuentos de Nodier

PILAR ANDRADE BOUÉ  
Universidad Complutense de Madrid

### Résumé:

Cet article analyse le personnage du fou dans les contes fantastiques de Charles Nodier, établissant les causes, morphologie et posterité de la folie chez cet auteur romantique.

### Mots-clé:

Nodier, folie, littérature fantastique, conte fantastique.

### Abstract:

This work analyzes the character of the fool in Charles Nodier's fantastic tales. The author tries to establish the causes, morphology and posterity of madness in this romantic writer.

### Key-words:

Nodier, madness, fantastic literature, fantastic story.

Et qui empêche que cet état indéfinissable de l'esprit, que l'ignorance appelle folie, ne le conduise à son tour à la suprême sagesse par quelque route inconnue qui n'est pas encore marquée dans la carte grossière de vos sciences imparfaites? (*La fée aux miettes*)

Un lector contemporáneo de Nodier le hizo a éste el comentario algo sardónico de que “on voit votre fou partout”. Aunque dicho lector se refería al loco que aparece en el relato *Une heure ou la vision* y al de *Les Proscrits*, bien hubiera podido referirse a la casi totalidad de los relatos de Nodier. Pues, en efecto, el loco es un personaje omnipresente en la literatura de este autor, debido, en parte, a la importancia que el tema de la locura cobra durante el Romanticismo, pero sobre todo a las peculiaridades y virtudes que Nodier le atribuye y que le otorgan un lugar de privilegio en su sistema existencial y cosmológico-místico<sup>1</sup>. El ejemplo

---

1 El propio Nodier subraya su importancia en relación con lo fantástico: la presencia de lo fantástico implica la del loco, debido a la incredulidad de la época: “... la bonne et véritable histoire fantastique d'une époque sans croyances ne pouvait être placée convenablement que dans la bouche d'un fou” (*La Fée aux miettes*, prefacio, en Nodier 1961). En este sentido, Nodier contribuye a allanar el camino que tomará la literatura fantástica de la segunda mitad del siglo XIX, y cuya orientación será claramente psíquica. Cf. entre otros G. Ponnau, *La folie dans la littérature fantastique*, Toulouse, C.N.R.S., 1987. .

más conocido de este monómano es por supuesto el Michel de *La Fée aux miettes*, pero existen otros muchos locos pintorescos que atesoran facultades más extraordinarias que las del propio Michel, una de cuyas virtudes (si no la primera) fue, a decir del crítico J. Vodoz<sup>2</sup>, la de exorcizar los demonios incestuosos del propio Nodier, y que aquí nos interesan poco.

Comenzaremos esta reflexión examinando las causas de la locura. Por suerte, Nodier vive en una época en la que los orígenes de la demencia han dejado de atribuirse a la acción de los dioses, como ocurría en la época grecorromana, o de Dios, como ocurría en la Baja Edad Media; eso permite, entre otras cosas, que la locura no se considere un justo castigo por alguna perversidad. Tampoco cree Nodier, como el siglo XVI, que la demencia indique una presencia del mal, sino más bien todo lo contrario. Y, aunque naciera en 1780, de ningún modo compartirá este escritor la idea de que el loco está como está por su falta de fe, al modo en que en general se creyó durante los siglos XVII y parte del XVIII; de nuevo, se trata de todo lo contrario, y desde luego al loco no deberá encerrársele junto con las demás “amenazas” a la vida social. Los locos de Nodier conviven con los sanos, son a menudo objeto de la solicitud atenta de algún familiar y, si por ventura acaban en Charenton o Bicêtre, se escabullen rápidamente antes de que les coloquen el cepo y la camisa de fuerza, les sienten en la silla giratoria, les den una ducha helada o les hagan una flebotomía (Nodier 1961: 322<sup>3</sup>). Se trataba de prácticas todas ellas habituales en la psiquiatría de la época, si aún no se había recurrido a la trepanación o a la sedación permanente<sup>4</sup>. Y eso, paradójicamente, cuando la locura había pasado de ser efecto de un castigo divino a ser simplemente enfermedad, conjunto de síntomas causados por un desarreglo interno del cerebro (ya fueran anomalías biológicas o factores psicológicos).

Volviendo a la etiología de la locura, el hecho es que Nodier, sin ocuparse específicamente de enumerar prolijamente las causas que producen demencia, sí menciona el origen de la enfermedad en algunos de sus personajes. Hay, para empezar, locos por naturaleza y locos accidentales; entre los locos congénitos podemos agrupar al Michel de *La fée*, al imbécil Xaïloun del *Songe d'or*, que era (se nos dice con un giro muy eufemístico) “fort empêché de son esprit” (Nodier 1961: 351), y Sergy, el joven oficial de Inés de las Sierras que cae bajo los encantos de la protagonista, del cual opina el narrador que “ses transports (...) m’avaient souvent inquiété sur sa raison” (Nodier 1961: 661).

Entre los segundos, los locos accidentales, hay que distinguir varios tipos<sup>5</sup>. En primer lugar, el enfermo de amor, que suele tener por cierto razones bastante fundadas para enloquecer. Por ejemplo Jean-Baptiste Montauban, suicida, y al que de la noche a la mañana se

2 Vodoz, Jean, “*La Fée aux miettes*”: *essai sur le rôle du subconscient dans l’oeuvre de Charles Nodier*, París, Champion, 1925.

3 Las citas de textos de Nodier reenvían, salvo que se mencione otra fuente, a la edición de Georges Castex de los *Contes* (1961).

4 Cf. por ejemplo Porter, R.: *Breve historia de la locura*, Madrid: Turner, 2003.

5 Ch. Foucault distingue varias *figures de la folie*: la locura por identificación novelesca, la locura de vana presunción y la locura por pasión desahogada (1998: 47 ss.).

le prohíbe ver a la chica de sus sueños, por pobre (la cuestión económica es omnipresente en los cuentos de Nodier en que suceden desgracias de este tipo, probablemente por comodidad o por retórica). O el espectro de *Une heure ou la Vision*, quien no sólo ha de ceder su novia a otro pretendiente más rico, sino que es testigo de la muerte de la susodicha antes de la boda; este espectro es además epiléptico como el propio Nodier: “On dit que je suis maniaque et épileptique” (Nodier 1961:17). Por su parte, Inés de las Sierras une la predisposición natural al maltrato del destino (es seducida por codicia, abandonada y apuñalada por el cónyuge), y Lydie pierde al perfecto marido en un acto de heroísmo de éste: ¿cómo no perder el sentido? Frantz, el Fou de Sainte-Marie (*Les Proscrits*, en Nodier 1860), también se demenció por amor; en fin, incluso en los cuentos orientalizantes de Nodier hay casos de demencia amorosa, como aquella retahíla de mujeres que enloquecen al ver al feo pero irresistible Mahoud de *Les quatre talismans* (Nodier 1961: 746).

Pero la demencia accidental o adquirida también puede sobrevenir a través de los libros. El límite entre ser bibliófilo y ser bibliómano era tenue, como bien debía saber Nodier, tanto por su trabajo como por su afición al Quijote. De hecho, su personaje Théodore muere de congestión cerebral por manía libresca, que llega hasta el extremo (extremo inverosímil para un francés) de no ver en el zapato de la bella dama más que un desperdicio de cuero, que mejor hubiera estado encuadernando un volumen cualquiera (Nodier 1961: 502). Por su parte, Jean- François les Bas-Bleus sufre igualmente de *cacoethes legendi*, más al estilo del Lambert balzaciano, puesto que puede penetrar con su pensamiento en el espacio sutil (Nodier 1961: 369).

Finalmente, los locos pueden estarlo por dos últimas razones: 1) por influencia de otros locos, como es el caso de Angélique (en *M. Cazotte*), fuertemente impresionada por Madame Lebrun, quien no es otra que Marion Delorme centenaria (y en este sentido una variante del Hada de las migajas, a la que llaman *fée d'ivoire*), y de igual modo quizá también Michel el obrero, y 2) por haber visto espectros, fantasmas y espíritus de todo tipo. Esta última es una causa tautológica porque el personaje ve espectros por ser loco, pero al mismo tiempo enloquece al verlos. Parece existir una predisposición natural para captar la presencia de esos espectros, pero la paranoia se desencadena al verlos (por ejemplo en *Lydie*), o al menos así lo considera la gente normal. Es decir, al mismo tiempo el loco lo es porque ha visto a los espíritus, y ve a los espíritus porque es loco.

Existe sin embargo un origen universal de la locura que, si bien Nodier enuncia en varios ensayos, no desarrolla en los cuentos. Se trata del sueño: “Toutes les maladies de l'intelligence procèdent des hallucinations du sommeil” (Nodier 1998:XI-XII, 179). El sueño arroja sombras (monomanías, vampirismo, licantropía, antropofagia...) junto a las luces (imaginación, creatividad, mitos) típicamente románticas. Esta causa primigenia suplanta en el discurso del francés a las propiamente físicas como la alteración de los humores o las lesiones cerebrales o malformaciones craneales, ya conocidas por la medicina del XIX. aún vigentes, si siguiera a Hipócrates tanto como sigue a Platón.

Sin embargo, llegados a este punto, conviene volver a la naturaleza propiamente literaria del tema que analizamos. Porque la locura, además de ser un hecho, parece ser para Nodier un escudo que emplea, como muchos otros autores, con el fin de evitar abiertamente el compromiso. La locura es, como el extranjero, un expediente para difuminar las propias creencias. Quien ve visiones es el loco de la historia, no el autor; la verdad desnuda expone al ridículo a quien la enuncia - sentencia el *alter ego* del padre de Nodier (Nodier 1961: 376). De ahí que la disyunción narrador/personaje sea constante en los cuentos de Nodier; el narrador deberá ser extradiegético respecto de la biografía contada por el loco, en la que se produce el hecho increíble o inverosímil. Esto permite que el narrador mantenga la distancia necesaria para crear el efecto fantástico<sup>6</sup>, pero, en contrapartida, le convierte también en un Pilatos textual: no afirma lo que quería afirmar, no prueba *quod erat demonstrandum*. De hecho, los relatos en los que se prescinde de la artimaña del desdoble narrador/personaje se sumergen de lleno en lo maravilloso, como ocurre en *Trésor des fèves et Fleur des Pois*, *La combe de l'homme mort* o muchos de *Infernaliana*, en los cuales, evidentemente, el personaje del loco está de más. En el mundo de lo maravilloso<sup>7</sup> no hay distinción cuerdo/loco, las cosas pasan y punto, a los vampiros hay lógicamente que hundirles una estaca en el corazón y a los zombies hay que quemarlos para que dejen en paz a los lugareños, tan simplemente como pone uno las lentejas a remojo para que se ablanden. Véase también el caso de *La nonne sanglante* tanto el principio - “Un revenant fréquentait le château de Lindemberg, de manière à le rendre inhabitable...”, como su final - “Elle [la revenante] demandait un peu de terre pour l'un, des prières pour l'autre. Raymond les lui promit, et ne la vit plus”, 1966: 31-34). En el polo opuesto a estos relatos se situaría, por su parte, el único texto en que Nodier, rompiendo un pacto consigo mismo, justifica el hecho inverosímil con una explicación racional: *Inés de las Sierras*. Los resultados de haber roto ese pacto son, sin embargo, bastante sorprendentes. Pues Nodier ha encarnado en el personaje del oficial Boutraix al tipo de hombre descreído, iconoclasta y obtuso: “La vie intellectuelle se réduisait, pour Boutraix, à un très petit nombre d'idées sur lesquelles il s'était fait des principes invariables, ou qu'il était parvenu à exprimer par des formules absolues, fort commodes pour le dispenser de discuter” (Nodier 1961: 662). Sus exabruptos “Préjugé! Superstition! Fanatisme!” que siguen a cualquier tentativa de introducción de lo fantástico en la realidad caracterizan perfectamente a este Homais romántico; sin embargo, al concluir Nodier el relato dándole una explicación perfectamente verosímil, ¿no se ve el lector obligado a reconocer que Boutraix tenía razón? ¿No es el espíritu positivo, científico (que tanto odia Nodier), más fiable, después de todo? Y el loco, consecuentemente, ve visiones y cuenta falsedades<sup>8</sup>.

6 La identificación del lector con el personaje (narrador en primera persona) que señala T. Todorov no puede funcionar en este caso; el lector se identifica con el narrador que no narra la historia.

7 Sigo las archiconocidas y vetustas (aunque aún vigentes) definiciones de lo maravilloso y lo fantástico de P.G. Castex y R. Callois.

8 Es sabido que en este cuento Nodier quiere rivalizar con Mérimée, y para ello se desdice de su “manière” habitual, proporcionando una explicación lógica en la segunda parte de la nouvelle.

Afortunadamente, Nodier no incurre casi nunca en estas contradicciones. Si emplea no obstante, volviendo a lo anterior, otro expediente o argucia interesante para instalar la plausibilidad de lo invisible en la realidad. Se trata de lo que podríamos llamar “universalización de la locura”: todo el que tiene no sólo visiones, sino creencias “absurdas” es considerado demente, está loco; no hay matización posible. Es evidentemente un recurso cómodo para evitar la crítica de tipo volteriano. Pues los ilustrados creen que una cosa son las creencias “absurdas”, que comparten el común de los mortales, y otra los casos en que esas creencias hacen imposible el desarrollo normal de la existencia. Pero Nodier prefiere no establecer diferencias entre una simple tendencia neurótica o fobia y una grave patología. De ese modo evita la crítica del prejuicio o de la superstición (nociones que no pueden existir en el sistema de Nodier), y otras cosas como que se atribuyan ciertas ideas a la ignorancia, el miedo o la vanidad<sup>9</sup>. Así, todo aquel que pretenda demostrar la falsedad de una afirmación y la locura del que lo afirma, está siendo guiado por un afán malévolamente “científico”, y por lo mismo pecaminoso. Volveré a ello.

Pasemos ahora a examinar los efectos de la locura, dado que las causas han sido mencionadas antes. Debemos situar para ello a Nodier en la estela del Romanticismo alemán e inglés, que ya había procedido a una rehabilitación de la locura, atribuyendo al demente una serie de potencialidades que no le liberan de su incapacitación social, pero sí, sin embargo, le hacen superior al vulgo. En época de Nodier el loco tiene ya una categoría próxima a la del genio, y comunica con esferas veladas a los demás mortales. Nuestro autor recoge estas ideas y las integra en su propia cosmología, heredada de Swedemborg, Saint-Martin, Charles Bonnet, Ballanche y los mitos platónicos, entre otros.

De modo que los locos de Nodier poseen, por ejemplo, el don de la videncia y de la predicción, y pueden también, como ya hemos dicho, comunicar con los espíritus. Eso les hace superiores, aunque los cuerdos no lo acepten:

— Je n’ai pas eu le bonheur d’en voir [des apparitions]; mais pourquoi cela ne serait-il pas réservé à une organisation plus complète et plus favorisée que la mienne?

— A une organisation plus complète et plus favorisée! s’écria le substitut. À un idiot! À un fou!. (Nodier 1961: 716)

Por otra parte, lo que Nodier considera locura no coincide exactamente con la idea de la misma en el resto de sus compatriotas. Dentro de la división tradicional que en la época se usaba: melancolía, manía, imbecilidad y demencia, los personajes locos de Nodier responderían a la primera y segunda acepción (salvo el imbécil Xailoun), es decir, serían melancólicos o maníacos – hoy les llamaríamos psicóticos delirantes y depresivos, respectivamente. En cambio, probablemente lo que otros románticos llamaban locura era más bien la demencia, incluyendo la agresiva – por el contrario, los locos de Nodier nunca son violentos. Muchos de los casos de locura de los personajes ficticios de Nodier cabrían en lo que, en su época,

9 La locura se atribuye a estos aspectos en toda la línea de pensadores preilustrados e ilustrados, de Fontenelle a Voltaire. Cf. Stenger, G.: “La raison égarée”, en Canterla 2001: 393-411.

se conocía como la “folie raisonnée” (Philippe Pinel), o locura en relación con un tema concreto: por ejemplo, la Angélique de *M. Cazotte*; los síntomas de otros personajes podrían coincidir con los de la monomanía, identificada con trastornos afectivos, en particular los que involucraban paranoia (J.E. Esquirol): Jean-François les Bas-Bleus o Michel. Este último es un caso bastante “puro” de paranoia con alucinaciones – las cuales, por cierto, acababan de ser descritas como algo distinto de las ilusiones.

Pero por supuesto, y pese a todo, nos hallamos en un registro completamente diferente del de la medicina psiquiátrica: para Nodier no se trata en ningún modo de establecer el diagnóstico de una serie de enfermedades, y mucho menos de curarlas. La curación no sólo es imposible sino que resulta absurda, dado que el loco es mejor que el cuerdo, está en un estado cercano a la beatitud: “un état heureux, vraiment, le plus heureux de tous” (Nodier 1961: 862).

No se trata, sin embargo, de que el loco sea genial<sup>10</sup> – y en esto sí se distingue claramente el personaje de Nodier de los locos románticos más conocidos. Se trata sobre todo de que comunica con el “monde intermédiaire”, lo cual no implica en absoluto que esté especialmente dotado para el arte o para la literatura. El don de la videncia consiste en predecir muertes o predecir que no ocurrirán (pueden hacerlo Jean-François le Bas Bleus, Mme Lebrun, el Bernardo de *Les fiancés*, la *soeur Françoise du Saint-Esprit* del cuento *Histoire d’Hélène Gillet*<sup>11</sup>), por un lado, y por otro en penetrar en la materia sutil en la que viven las almas del purgatorio y los resucitados:

Cette faculté merveilleuse qui vaut tous les biens de la terre (...), qui contient plus clairement qu’aucun mythe la révélation assidue de notre essence spirituelle et de notre immortalité, c’est la divinité anonyme qui préside aux châteaux en Espagne. (Nodier 1998: XI-XII, 172).

La posibilidad de comunicar con ese otro mundo está reservada a ese tipo de locos que, además de ser crédulos, son buenos; queda por tanto descartada la posibilidad de un demente superior diabólico. Por el contrario, los demás autores románticos difícilmente admitirían que un idiota bondadoso fuera superior al resto de los mortales.

Para continuar con la nosología de la locura en Nodier, examinaré ahora los rasgos morfológicos del loco. Obviamente, muchos de los rasgos físicos atribuidos a este personaje, sobre todo si es femenino, coinciden con una de las tipologías románticas, la del ser angélico. Salvo Inés de las Sierras, morena y de piel pálida, mujer lunar, las demás monómanas femeninas coinciden en su rubiez, su blancura transparente o su proximidad con la iconografía angélica:

10 Salvo Francesco Colonna, pero no debe a su genialidad la creencia en otro mundo.

11 “En prolongeant la vie de sa créature sur la terre, Dieu ne lui aurait-il pas accordé, pour dédommagement de la dissolution progressive de son être matériel, quelque anticipation prévoyante sur l’avenir de l’âme?” (Nodier 1961: 615).

Angélique rappelait véritablement l'ange envoyé du ciel pour veiller tendrement sur tous (...), sa taille élancée et flexible, ses traits nobles et gracieux, son sourire grave et doux, son front, d'une éblouissante blancheur, ses joues se coloraient comme un nuage transparent. (Nodier 1961: 608)

Mme Lebrun, el hada marfileña, es blanca y rubia, de Lydie nos dice la madre Zurich que "son front a repris cette sérénité d'ange qui la rendait si belle au temps de son bonheur" (Nodier 1961: 877); Elisabetta (*Les fiancés*) "ne participait presque en rien de la vie matérielle" (Nodier 1961: 637), Polia (*Franciscus Columna*) es un "ange du ciel" (Nodier 1961: 898) y Marguerite (*L'amour et le grimoire*) tiene una piel blanca "sous laquelle le sang circule comme un esprit de vie" mientras sus cabellos rubios "se floconnent comme une vapeur" sobre los hombros (Nodier 1961: 523); hay mucho en ella de la mujer benéfica balzaciana, pero Nodier tiene en este caso un referente pictórico preciso, la *morbidezza* de Rafael. En realidad, en el sistema de Nodier, como en el de otros románticos, la mujeres son ángeles caídos que expían en este mundo sus pecados anteriores, ¿de qué forma? Soportando a los hombres: "un ange tombé par excès d'amour qui achevait son expiation dans l'alliance de l'homme, pour subir tout le malheur de sa faute" (Nodier 1961: 778).

Hay también, no obstante, hombres locos angélicos. No Georges, más ángel que hombre, con alas y que vive ya en el mundo de los resucitados, pero que no es un loco, sí Sergy (*Inés de las Sierras*), "âme à peine captive, et qui ne tenait à l'humanité que par quelque lien fragile, toujours prêt à le laisser libre quand il voulait s'en affranchir" (Nodier 1961: 688) y Michel, al que llaman Gabriel, Rafael o ángel tutelar (Nodier 1961: 298). Entre estos personajes masculinos, Nodier parece preferirlos rubios y, sobre todo, con el pelo rizado: así se nos describía ya al Frantz de "Les Proscrits" – "ses cheveux blonds tombaient sur ses épaules, sans apprêt, mais sans désordre" (Nodier 1860:13)-, y más tarde a Baptiste (*Baptiste Montauban ou l'idiot*), con "sa blanche et gracieuse figure, qu'inondaient les flots d'une chevelure blonde parfaitement bouclée" (Nodier 1961: 379) y que además es un "ange de tendresse et de soumission" (Nodier 1961: 382); así aparece también Gervais (*Les aveugles*): "Des cheveux blonds et bouclés s'arrondissaient en larges anneaux autour de son cou nu et flottaient sur ses épaules" (Nodier 1961: 474) – la descripción reenvía en este caso igualmente a un referente pictórico, los bucólicos pastores de Poussin (Gervais es él mismo pastor). Los morenos están en desventaja y no tienen el pelo rizado (Jean-François) o no se especifica (Michel). Bien es cierto, sin embargo, que Nodier evita en bastantes ocasiones proporcionar un retrato de la amada o del amado, como ocurre con Cécile Savernier (*La neuvaie de la Chandeleur*), Lydie, Eulalie (*Les aveugles de Chamouny*), y otros personajes no dementes pero relevantes para el desarrollo de la intriga, como la mismísima princesa Belkiss (*Fée aux miettes*). Puede tratarse, por parte del escritor, de una cómoda preterición, o quizá se deba a la univocidad monótona de un ideal estético.

No olvidemos, en fin que el rasgo más sobresaliente de las heroínas de Nodier, aunque no sea el más frecuente, es la voz, una voz misteriosa y extraordinariamente *sobrenatural*, un

“accent suave et flatteur comme une musique éloignée qu’on entend de nuit” (Nodier 1961: 608). La música es, en general (y aquí bebe Nodier directamente de sus fuentes ocultas), el vehículo de acceso a lo divino – “...ces arts divins de l’harmonie qui ravissent l’âme vers une vie céleste” (Nodier 1961: 478) –. Destaca en este sentido, por supuesto, la voz de Inés que, cuando se arranca por soleares, hace que quien la escucha se sienta “emporté dans son essor à travers les régions inconnues de l’imagination”, es decir, sea llevado en un viaje astral muy cerca de la divinidad, a un lugar “inépuisable en voluptés” (Nodier 1961: 688). Ya sabemos que Nodier nunca olvida, en su ensoñación del otro mundo, el goce de los sentidos<sup>12</sup>.

De hecho, la multiplicación de los sentidos es otra de las características reservadas al iniciado que puede comunicar con el más allá, es decir, al loco. Ya en sus cuentos cómicos afirmaba Nodier que el hombre perfecto poseía la perfección orgánica, es decir, más de cinco sentidos (*Hurluberlu*, Nodier 1961: 403). Sin embargo, en este tipo de textos puede haber ecos de la búsqueda ilustrada de una sensorialidad más completa. Hay que acudir directamente al *Ciclo místico* para encontrar expresado el sentido más preciso que le daba Nodier a la polisensorialidad: “La mort seule peut te donner les sens intelligents et purs qui te manquent pour comprendre” (Nodier 1961: 869), le explica Georges a Lydie. Los mortales no perciben multitud de agradables sensaciones que pertenecen a seres superiores – pero ciertos privilegiados, dementes, alienados, pueden acceder a algunas de ellas –. Unas décadas después, Maupassant le da la razón a Nodier: “Nous sommes entourés de choses que nous ne soupçonnerons jamais, parce que les organes nous manquent qui nous les révéleraient”, le dice un loco al narrador (*Un fou?*, en Castex 1987: 262)..

Otro manera de ilustrar el acceso al otro mundo es el que explora Nodier en *Les aveugles de Chamouny*, precisamente a través del mítico tema de la ceguera. En este relato, la ceguera del protagonista masculino, Gervais, es la que le permite, por un lado, apartar las tentaciones que desvían del buen camino y que se sitúan, proverbialmente, en la ciudad, y por otro, ver con claridad las verdades ocultas a los demás. Por eso cuando su amada Eulalie recobre la vista caerá inevitablemente en la tentación, y abandonará el lugar puro donde se vive el amor y donde, a través de la música, se llega a la otra realidad: “quand elle chantait, on aurait cru qu’un ange était descendu de la cime des monts terribles pour charmer la vallée” (Nodier 1961: 478). Música y poesía recitada son artes buenas, mientras que – debemos suponer – las artes visuales son nocivas: “Cette dangeureuse fascination que les passions exercent par le regard n’agira du moins jamais sur nous” (Nodier 1961: 480). Pero no se trata exactamente de que Nodier rechace las artes no abstractas, pues la poesía no lo es y, además, Gervais puede “ver” los paisajes que Eulalie le describe y que en su mente se transforman en agradables imágenes (Nodier 1961: 487). No se trata tampoco de un rechazo de la sensualidad, tan importante en los textos de Nodier (aunque a veces se realice en el ámbito del sueño). El rechazo de lo visual debe subsumirse más bien en una crítica global a la vida ciudadana, y no por sensual, sino porque la guía de esa vida es la razón – y no el amor:

12 Sin olvidar que el erotismo es además una de las características de la literatura fantástica. Véase por ejemplo episodios similares en *Omphale* de Gautier y por supuesto *Le diable amoureux* de Cazotte.

Que nous importe le mouvement ridicule de cette société turbulente où vont se heurter tant d'intérêts qui nous seront toujours étrangers, car la nature a fait pour nous mille fois plus que n'auraient fait les longs apprentissages de la raison!. (Nodier 1961: 480)

El bucolismo está, en fin, ligado a la videncia.

El último aspecto que quisiera comentar en relación con la locura es la vinculación que existe, en los textos de Nodier, entre locura y bondad. No hay locos furiosos, no hay demencia violenta, sino que el loco siempre es víctima, y por naturaleza bueno. Hasta podría decirse que las personas buenas tienen una predisposición natural para volverse locas<sup>13</sup>. Al menos algo así piensa Lugon de su amo cuando éste muestra su intención de hacer el bien (*Lydie*, Nodier 1961: 879). Esos idiotas son “esprits simples et naïfs qui pratiquent le bien par sentiment ou par habitude” (*Le génie bonhomme*, Nodier 1961: 582), todos inocentes como el deficiente Xaïloun, “simple et bonne créature, incapable de faire le mal, incapable d’y penser, et même incapable de le comprendre” (Nodier 1961: 351). De Baptiste se nos dice que “il était idiot ou innocent, suivant le langage du pays” (Nodier 1961: 380), asimilando la imbecilidad a la inocencia e implícitamente al bien. Con lo cual se cometen, dicho sea de paso, dos errores: uno, el de asimilar imbecilidad e incapacidad de hacer el mal; otro, el de asimilar inocencia y bien. En cuanto a esto último, debe decirse que en realidad el inocente es bondadoso por accidente, es decir, porque no puede concebir qué sea el mal. Sus buenas acciones son producto de la ignorancia y no de la voluntad.

Dicho de otro modo, el loco puede percibir realidades sobrenaturales porque es bueno. Un obvio silogismo llevará a la conclusión de que los malvados deberían ser todos los cuerdos... pero es sabido que Nodier sólo considera verdaderamente perversos a un tipo especial de cuerdos: los racionalistas, positivistas y científicos. Constantemente se desata en los relatos de nuestro escritor una crítica feroz contra todos ellos y lo que representan. En primer lugar, contra la *duda*, que el método cartesiano establecía como propedéutica para llegar al conocimiento de la realidad. Pero para Nodier dudar equivale a no tener fe, a poner en cuestión verdades espirituales básicas: “un esprit d’orgueil et de démenche leur ouvrit la fatale voie du savoir et, avec elle, tous les doutes qui la suivent, tous les malheurs qui l’accompagnent” (Nodier 1961: 875)<sup>14</sup>. Con ello, Nodier se instala de nuevo en el vector prerromántico de la herencia rousseaiana (en el que ya el bucolismo le había situado), el que afirma que “l’homme qui médite est un animal dépravé”.

Nodier censura sin embargo también la *convicción*, que es otro modo de llamar a la fe pero que evidentemente para él no es sinónimo de fe. La convicción es sólo la fe de los racionalistas, es decir, por definición, mala: “La conviction est un effet de l’examen, et

13 Lo cual nos sitúa directamente en la estela del “idiot” de Dostoievsky, que acuñará para la posteridad la pareja bondad - idiotez o locura.

14 Descartes también asimila duda a locura tomando en este sentido a la primera de forma muy general. Véanse los amplios comentarios de Foucault (Foucault 1998:56-58).

l'examen est une opération de l'esprit qui marque l'ingratitude et la défiance" (Nodier 1961: 874). Porque efectivamente, la filosofía racionalista anula el ámbito de la ética cristiana: "la philosophie a déchu la Providence de son influence morale sur les événements de la terre" (Nodier 1961: 344).

Por su parte, las ideas de progreso y de perfectibilidad son el blanco de los cuentos del *Dériseur sensé*, y tampoco se libra de los tiros el omnipresente proyecto pedagógico ilustrado:

Nodier alaba al personaje sencillo cuya conversación no tiene "ni l'espérance d'apprendre, ni la prétention d'enseigner" (Nodier 1961: 851). Lo que se sabe, se sabe por ciencia infusa o se aprende mediante la intuición y el sentimiento. Nada de discursos lógicos.

La ciencia, en fin, al indagar en las leyes de la naturaleza, destapa el velo de Isis de un modo sacrílego: "la science est un sèche, rebutante et sacrilège anatomie des divins mystères de la nature" (Nodier 1961: 329). Es esta una nitidísima expresión de la archiromántica inviolabilidad de la Naturaleza; no obstante, puede mezclarse perfectamente (como sucede en otros autores románticos) con reminiscencias bíblicas, de modo que esa profanación de los misterios naturales coincida con el pecado original:

quiconque est parvenu à discerner le bien et le mal a déjà perdu son innocence car le propre de l'innocence est de ne pas connaître le mal. (Nodier 1961: 875)

Debemos leer que el *quiconque* es el científico, y que su experimentalismo le lleva a conocer el mal. Lo curioso es que Nodier a veces emplea expresiones que precisamente un científico suscribiría, como esta que cito a continuación, reemplazando, eso sí, "Providencia" por "Universo":

La Providence a des lois générales dont elle ne s'écarte jamais parce qu'elle se les est imposées à elle-même; et la sagesse consiste à ne pas contrarier l'action inévitable de ces lois. (Nodier 1961: 639)

El mecanicismo y determinismo sorprendentes de esta afirmación se deban quizá a una interpretación un tanto laxa de argumentos malebrachianos.

En resumen, para Nodier el racionalismo, la ciencia como hija del mismo e incluso la mera curiosidad son pecaminosos: los hombres "obstinés dans le péché de la science" persisten en querer bucar "la raison des choses, malgré la défense expresse de Dieu", por lo cual "le péché du paradis terrestre, Lydie, c'est la science, fille déplorable de la curiosité" (Nodier 1961: 875). Y frente al cientifismo, en el polo opuesto de la humanidad, cerca de los sencillos se sienta el bendito de Dios, el loco. Crédulo, inocente y bueno, con poderes especiales para comunicar con el más allá. El loco encarna, en definitiva, el ideal humano. Pero Nodier hace

una cosa más: abre la vía para que el idiota, ese loco tan especial, se convierta, en tanto que ideal humano, en mito literario. Porque de ser considerado como un deficiente mental, el idiota pasará a tener categoría de personaje de ficción respetable y, entrado el siglo XIX, se convertirá en un personaje inmortal de la literatura, símbolo de la bondad frente a un mundo implacable<sup>15</sup>.

### Referencias bibliográficas

- NODIER, Charles. 1961. *Contes*. Édition de P.-G. Castex, París, Garnier.  
— 1860. *Nouvelles*. París, Charpentier.  
— *Infernaliana*. París, Pierre Belfond.  
— 1998. *Oeuvres complètes*. Ginebra, Slatkine Reprints, 12 vols.  
CASTEX, Pierre-Georges. 1951. *Le conte fantastique en France de Nodier à Maupassant*. París, Corti.  
— 1987. *Anthologie du conte fantastique français*. París, José Corti.  
FOUCAULT, Michel. 1998. *Histoire de la folie à l'âge classique*. París, Gallimard.  
PORTER, Roy. 2003. *Breve historia de la locura*. Madrid, Turner.  
PONNAU, Gwenhaël. 1987. *La folie dans la littérature fantastique*. Toulouse, C.N.R.S.  
STENGER, Gerhardt. « La raison égarée », in Canterla, Cinta (ed.). 2001. *La cara oculta de la razón. Locura, creencia y utopía*. Cádiz, Universidad de Cádiz, pp. 393-411.  
VODOZ, Jean. 1925. « *La fée aux miettes* »: *essai sur le rôle du subconscient dans l'oeuvre de Charles Nodier*, París, Champion.

---

15 Dejo para otro momento la tarea de examinar la posteridad de la figura del idiota, muy compleja, pues junto a la creación de este mito encontramos el contra-mito, encarnado por ejemplo en el idiota de Zola, último eslabón de una cadena de degeneración psíquica, que en este caso sí corresponde a una realidad psiquiátrica.

